

El inodoro de Fuguet

El sábado que acaba de pasar, el nombre de Alberto Fuguet me salió hasta en la sopa. Mientras un «La Tercera» el hombre opinó que «escribir como en el siglo veinte es quedarse atrás», en «El Mercurio» las hizo de monje apostólico de su amigo Alfredo Sepúlveda, a quien calificó como «el tipo de escritor que hace falta, que nos puede salvar de la farandulización de la literatura». Como guinda de esta torte sabatina, el suplemento «Bahelias» del diario madrileño «El País», le dedicó unas cuantas páginas al «renacer de las letras chilenas», en la primera de las cuales Fuguet puso a girar el único disco que tiene: el de un Chile que solamente él es capaz de explicar, porque solamente él conoce las calles, la gente y los procesos históricos de ese extraño engendro de su voluntad, que no es un país, sino una especie de góndola flotante en el Triángulo de las Bermudas que forman las palabras «bizarro», «freak» y «cool».

En ese sábado de su propiedad, pese a no

quecer meter la pata en el «estan- cadero del siglo veinte», Fuguet dijo que «la nueva narrativa ahora está en el cine», como si estuviera trayendo la buena nueva de la creación contemporánea. Nunca ha podido comprender -ni tolerar- los campeonatos entre cine y literatura que muchos se afanan en organizar, pues asimilan tramposamente el acto de escribir a un fenómeno de masas, hipotecando así no sólo su esencia, sino también toda su riqueza. Fuguet, como tantos otros, suele tirar por el inodoro de sus réditos el hecho de que un libro, antes de ser un objeto de vidriera, es un artefacto del lenguaje escrito, una resma de papeles recién corregidos e ignorantes de todos los cócteles, contratos, premios, becas o adaptaciones al cine que su autor tenga la suerte o el descaro de conseguir. Fuguet dice no haber inventado McOndo, sino sólo haber señalado algo que existía. También dice creer «que hemos superado McOndo y que ahora estamos en un nuevo tipo de realismo mágico». Todo lo que es infinitamente más

sencillo y honesto de describir desde el punto de vista de la perplejidad, Fuguet lo cataloga desde su auto-complaciente sistema de denuncia positiva, a la manera de Coco Legrand, y sitúa su fructífera medianía como el metro de platino con que se debe calibrar el mundo, refocilándose en sus descubrimientos y chistes periodísticos sin reparar jamás en su naturaleza y en el horror que puedan encubrir.

A Fuguet, a fin de cuentas, sólo le interesa la representatividad. Le importa un comino que Chile sea lo que él cree que es, pues si lo importara, si realmente le importara, estaría encerrado a doble llave en el manicomio más cercano a su domicilio. Pero Fuguet no sólo espeja el horror, sino que se lanza un feliz piquero en él. A Roberto Bolaño le hubiera causado mucha gracia que el «renacer de las letras chilenas» estuviera tan dignamente encabezado y, sobre todo, que alguien dijera de él lo siguiente: «Lo que más aprendí de Bolaño es que uno puede escribir de lo que le dé la puta gana».

LEONARDO SANHUEZA

P. 4 Sábado 30 de octubre de 2004. DIARIO / 2A - I QUINCE

El Inodoro de Fuguet [artículo] Leonardo Sanhueza

Libros y documentos

AUTORÍA

Sanhueza, Leonardo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Inodoro de Fuguet [artículo] Leonardo Sanhueza

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile